

## VERSALLES.

Xavier Salmon. Franco Maria Ricci, Bologna, 2007. 167 páginas.  
ISBN-13 978-88-216-7078-7.

Con motivo de su XXV aniversario, la editorial *FMR* ha tenido el gusto de obsequiarnos con un elegantísimo tomo sobre Versalles. El libro, perteneciente a la colección de lujo *Grand Tour*, ha de decirse una obra de arte en sí misma, amenizada de principio a fin tanto por las ricas apreciaciones de Xavier Salmon como por la siempre mirada prestidigitadora del fotógrafo Massimo Listri.

Dado el encabezamiento, quizás el lector esté pensando que el libro a tratar no sea más que otra publicación sobre el complejo pederenal, antes bien, debiera verse como el atípico discurrir de un mundo versallesco pocas veces transitado. Y es que *Versalles*, lejos de formalismos históricos, cede la palabra a la literatura periegética para adentrarse en la retina de todos aquellos viajeros y habitantes que tras el paso por el gran teatro de la realeza, han querido dejar testimonio escrito de impresiones y pareceres. El protagonista pues, no es el rigor historiográfico sino la percepción del que mira, cuyo fin no residiría en resaltar la grandeza del conjunto sino en divulgar las sensaciones que éste produjo.

A lo largo y ancho de esta epopeya literaria, asomarán personajes de toda clase y condición, desde damas literarias y nobles provincianos de segundo orden, a pajes del soberano o escribanos administrativos, pasando por excéntricos burgueses o grandes pintores ingleses. Todos ellos enlazados por una idea subyacente, ante la morada del Rey Sol es imposible la ataraxia, para bien o para mal su visión de grandeza parece dejar una huella permanente en la memoria de quien la habita. Por consiguiente, de notar será el rico anecdotario de historias que en *Versalles* se suceden. Página tras página nos embarcamos en una suerte de concatenadas vivencias que difícilmente podrán dejar al

lector indiferente. Es así como a modo de cicerone, el historiador de Luis XIV, Félibien, nos guía por los fastos de célebres fiestas, donde sabemos, la naturaleza domesticada y el barroquismo acuático, eran considerados por el monarca como superiores a los más suntuosos mármoles, su ansiada casa de fieras o la novedosa artillería pirotécnica, constituyéndose el líquido elemento como artefacto indispensable de toda pompa litúrgica. De entre los diversos caprichos acuáticos, resaltar el que a Madeleine de Scudéry dejó más impresionada, la cueva: ésta estaba exornada por miles de conchas, trofeos, armas, tritones y nereidas, todo ello convertido en fuente escultural. También ordenó el monarca se situasen allí figuras de cisnes magistralmente cincelados en relieve, que engañaban tanto la vista como el oído, ya que mediante el uso de un gran órgano hidráulico podía escucharse su canto.

Tras la muerte de Luis XIV, el insigne monumento va a convertirse en cita obligada de todo *voyageur* aristocrático que tentado a presenciar *in situ* las posesiones del difunto monarca calibrarán de primera mano tan vasta producción artística. Entre estos curiosos visitantes, especial mención merece la peregrinación del zar Pedro el Grande a la morada de su difunto homólogo francés. Tras su llegada —según Buchet— el palacio fue dispuesto con tal pomposidad que ni siquiera en los mejores tiempos del antiguo soberano habíase visto. Pronto sabemos que dicha visita empezó a levantar ampollas en los círculos más selectos del antiguo Versalles. Podría esgrimirse a tenor de los escritos aquí presentados, que la medida y la mesura no eran el principal don del zar, ya que a tan sólo un día de su llegada, el duque de Saint-Simon nos describe cómo el principal séquito del soberano había pasado la noche en el palacio acompaña-

dos por algunas *demoiselles*, no muy lejos de donde reposaba el zar.

Pero si interesantes fueron los testimonios de los viajeros más oficiales, Xavier Salmon no vacila a la hora de aportarnos una visión más real de la mano de aquellos que cimentaron con su cotidianidad la vida del palacio. Se narran aquí historias de provincianos, ladronzuelos e ignorantes, en las que el vino gana al refinamiento artístico y la historia muta en chanza. Aunque vaya por delante, aquí nadie se salva de la quema, ni siquiera los propios monarcas, como bien nos constata el paje de Luis XVI, Charles-Alexandre-François-Félix, quien da fe de como tuvo que comerse un *brioche* mordido por el rey, que éste acostumbraba a repartir entre sus pajes con motivo de las festividades religiosas, pues parece ser, Luis XVI no era muy

dado al uso del cuchillo para desgracia de sus más allegados pajes.

Versalles sigue hoy ofreciéndonos múltiples y posibles lecturas. La realizada por Xavier Salmon, vendría a enriquecer a otras como las prestigiosas de Pierre de Nolhac y Pierre Verlet. La precisión de sus descripciones no sólo nos aporta datos relevantes sobre estancias privadas nunca antes tratadas, sino que de manera magistral nos deja entrever las pasiones y sentimientos de los que por allí transitaron, acercándonos siempre hacia una visión más objetiva de lo que durante siglos se ha constituido como ejemplo de morada real y fasto soberano.

Iván Moure Pazos

Universidade de Santiago de Compostela